

EDITORIAL

Es un hecho que los estudios sobre la condición y situación de las mujeres han avanzado en los últimos veinte años como derivación de la insistencia de feministas investigadoras que lograron insertar esta línea dentro de los llamados “estudios culturalistas” e instaurar la idea según la cual era necesaria la restitución de su papel en la historia. La dinámica de dicha línea dio lugar no sólo a la búsqueda de la equidad y la igualdad entre los sexos, y más adelante entre los géneros, sino que se convirtió en un *cross-cutting issue*¹ dentro de los proyectos de desarrollo tanto en los niveles nacionales como dentro de los programas y proyectos de las entidades internacionales. En el primer caso, bajo la forma de políticas públicas en general, y en el segundo, en virtud del surgimiento de organizaciones encargadas del trabajo de superación de la condición subordinada legal y política de las mujeres, la niñez y las minorías étnicas, nacionales y sociales, y al reivindicarse como un elemento que debía tenerse en cuenta en la lucha contra la pobreza, la exclusión, la antidemocracia, entre otros temas, hasta llegar a convertirse en *una perspectiva*: la denominada “perspectiva de género”.

En ese proceso de institucionalización se empezaron a rescatar elementos tan claves como la “perspectiva de masculinidad”, y hoy se ha llegado a una especie de transición paradigmática según la cual los estudios de género no hacen más que reproducir sistemáticamente la idea de un marco de

¹ Línea transversal.

significado que implica la separación o divorcio entre los géneros, razón por la cual debería instaurarse en la teoría la negación de la propia existencia de géneros. Otras perspectivas han dado paso al reconocimiento del “tercero excluido” o renovadas modalidades de género, que superan la dualidad de lo masculino y lo femenino, de lo homosexual y lo heterosexual.

Esta dinámica progresiva de las teorías del género, que revolucionó los estudios sociales en general y dio lugar al otorgamiento de una importancia capital a la superación de las relaciones asimétricas de poder no sólo entre los géneros sino en general entre todos los seres humanos sometidos a interacciones de reproducción de la dominación, parece avanzar mucho más rápido que las formas prácticas reales de interacción. La negación de las diferencias de género en el metalenguaje teórico implicaría ir en contra de la adecuación y de la representación que ese metalenguaje debería manifestar sobre las relaciones reales de poder en el terreno empírico.

Una de las manifestaciones de ese tipo de relaciones es el campo de las ciencias, tanto naturales como sociales. Este es un asunto todavía poco explorado tanto empírico como teóricamente, no sólo en Colombia sino en otras latitudes. Esta carencia amerita un análisis objetivante mucho más detallado, pues implica las propias luchas de reconocimiento y poder de las mujeres en los diversos subcampos del gran campo de la ciencia.

No es confortable para las mujeres que participan en ellos, autoproclamarse marginadas o agentes generadores de ciencia, dominados por sus rivales masculinos, en gran medida porque, en primer lugar, su reciente participación es vista por ellas y por todos como un logro, como un avance, y por tanto como un cambio sustantivo de las relaciones de poder entre los géneros; en segundo lugar, porque el reconocimiento de tal subordinación implicaría para ellas entablar una lucha abierta que las pone de entrada en desventaja frente a los agentes dominantes, pues la lucha debe basarse en los presupuestos masculinos de racionalidad y de competencia tácita, y no manifiesta lo que implica métodos igualmente racionales de los cuales está excluido el discurso de la subordinación por considerarse “un arma de los débiles”. Para competir es necesario demostrar la competencia (la capacidad de hacer, descubrir, pensar, escribir, publicar, etc.) y esta clase de competencia niega la posibilidad de la jerarquización de poder, ya que éste se alcanza de forma presupuesta sólo con base en la adecuación de los nuevos agentes a las reglas de juego preestablecidas.

La idea de exclusión, marginalidad y subordinación riñe con la práctica misma de posibilidad de entrada en el campo científico al cual se accede en términos de méritos que obnubilan lo que está detrás de esa demostración de

capacidad: el privilegio, tanto en términos de las oportunidades desiguales para personas desiguales, como el privilegio otorgado por quienes dominan el campo y la imposición de las reglas del propio juego del campo científico, es decir, las comúnmente denominadas “vacas sagradas”, que autorizan y tienen la autoridad para decir qué es la ciencia y cómo debe hacerse. Detrás del mérito también están las luchas redobladas de mujeres que deben demostrar, según esas reglas racionales del juego, que pueden jugarlo, así tengan un costo mucho mayor: más altas calificaciones académicas y profesionales que las de los hombres que no deben demostrar nada porque todo el orden científico los respalda; mayor exigencia en los exámenes; autorrepresión de toda función, sentimiento, prácticas, etc., consideradas como “propias” de su sexo; superación de procesos de socialización familiar, académica y social de subestimación y de autosubestimación de capacidades, entre otras.

De todos los terrenos donde la exclusión y marginalidad con base en la diferenciación sexual se hace patente, pero al mismo tiempo es invisible, es el de la ciencia. Este terreno es quizá el más duro de penetrar justamente por su apariencia de total ecuanimidad, sobriedad y racionalidad, cuyo carácter niega de por sí sus opuestos, con base en los cuales generalmente se socializa a las mujeres: sentimientos de amor y proclividad hacia la compasión y la protección, lo cual se relaciona con factores de índole religiosa como la caridad, la moral, etc., todos ellos estorbos ideológicos en el proceso de elaboración de la ciencia, particularmente si se trata de ciencias puras y duras como las naturales, pero también de las ciencias nomotéticas y duras dentro de las sociales.

De tal manera no puede esperarse que quienes estén dentro del juego “de hacer ciencia” o inmersas en él, sean los que a su vez vean tales desventajas. Serán quienes están fuera, al menos parcialmente, los que logren derivar mediante el ejercicio de la objetivación los tipos de relación que se establecen dentro del campo científico.

Ahora bien, puesto que quienes escriben al respecto a su vez hacen parte de ese territorio, como sujetos de su propia objetivación, es aún menos esperable que pueda desarrollarse una sociología de las relaciones de poder en los territorios de la ciencia: una sociología de la ciencia que sea capaz de sacar a la luz los condicionantes de dominación requiere, no sólo de una historización de la entrada de las mujeres en las ciencias, sino además de que ello sea visto como un cambio sustantivo de la propia estructura social y que eso sea así efectivamente. Quizá por ello nos encontramos con un nicho investigativo aún poco explorado, lo que a su vez constituye un hallazgo en el terreno de las carencias de la sociología de la ciencia. Esa es la sensación que nos queda luego del arduo trabajo de compilación de algunos artículos sobre este tema para el presente número de Virajes.

En la Unión Europea parece existir una mayor preocupación por el logro de la equidad para las mujeres en este campo. Según la Comisión de Investigación Europea, los gobiernos europeos deben tomar un rol más activo en la promoción de las carreras científicas y apoyar a los científicos a desarrollar sus habilidades. El grupo a cargo halló que ha habido un incremento del porcentaje de investigadores; sin embargo, el 2.1% es insuficiente para competir con los estándares de Estados Unidos y Japón y para alcanzar el objetivo de “La estrategia de Lisboa” de la Unión Europea, el cual es convertirse en el líder mundial de la economía basada en el conocimiento para el año 2010².

A través de la iniciativa “Mujer y ciencia”, la Comisión Europea ha trabajado para promover la participación de más mujeres no sólo en las ciencias sino también en las carreras de ingeniería y tecnología. Al respecto se han logrado avances, pero el desbalance de género continúa en los laboratorios europeos. Esto, desde el punto de vista del grupo de alto nivel a cargo de la tarea de encuesta sobre el estatus y necesidades de recursos humanos para la ciencia y la tecnología en Europa, representa un serio “shortcoming”. De acuerdo con el “Gago Group” (cuyo nombre se debe a que fue José Mariano Gago, Ministro de la Ciencia de Portugal, quien llevó a cabo el llamado a los líderes europeos), se estima que Europa necesitaría aproximadamente quinientos mil nuevos investigadores para alcanzar los objetivos de Lisboa, por lo que una de las estrategias es precisamente crear medios para que más mujeres entren al mundo de la investigación y desarrollen sus carreras allí³.

Para el 2005 las mujeres constituían la mitad de la población estudiantil y la mayoría (56%) de los graduados en los niveles educativos altos en Europa. Pero el balance en las carreras de ciencia, ingeniería y tecnología (SET por sus siglas en inglés) aún se encuentra a favor de los hombres. Según el reporte “Headlines” del 10 de marzo de 2005, hay más mujeres en la investigación como nunca antes, pero ello no se manifiesta en la fuerza de trabajo: el 35% de las investigadoras en el sector público, y sólo 18% en el sector de los negocios y de la empresa. A contracorriente de la evidencia según la cual existe una alta calidad en los trabajos de investigación científica de las mujeres, el progreso es muy lento aún. Por ello, la meta política de la Comisión Europea es promover igual y total participación de las mujeres en todas las disciplinas científicas y en todos los niveles organizacionales. Ésta es considerada una política más inclusiva en esas áreas, que no sólo beneficia a las mujeres sino a toda la economía y la sociedad según lo dice el informe⁴.

² Research European Comisión: http://ec.europa.eu/research/headlines/news/article_05_09_23_en.html, publicado el 23 de septiembre de 2005.

³ Ibidem.

⁴ Ibidem.

En Colombia este tema está en un estado todavía primigenio, y quizá en América Latina en general, puesto que pese a los avances también en dichos sentidos, resulta ser una situación poco cuestionada.

Dada la ausencia de investigaciones al respecto en el país, nos dimos a la tarea de invitar a investigadores extranjeros y logramos obtener algún eco relacionado con los avances educacionales en términos de ciencias en países como Israel. El primer artículo sobre mujeres talentosas de Hanna David examina, en comparación con los chicos, las nuevas tendencias estadísticas de resultados exitosos de las niñas en las áreas duras de las ciencias en los niveles altos de la secundaria y de las mujeres jóvenes en áreas como la matemática, la biología, la estadística y la computación en Israel. Sus conclusiones son muy interesantes a la luz del quebrantamiento del mito del poco talento de las mujeres para tales áreas.

El artículo de las autoras Sandra Daza y Tania Pérez Bustos sobre indicadores de género y ciencia en Colombia, brinda un panorama crítico sobre la historia de tales indicadores, los países e instituciones internacionales que iniciaron el proceso de estandarización de indicadores con el fin de trazar políticas públicas, el papel de tales indicadores en América Latina y finalmente en Colombia, y los problemas asociados a tales mediciones relativos a la permanencia de omisiones y de esencialismos en ellas.

Itzel A. Sosa Sánchez dedica su reflexión a los aportes teóricos del feminismo a las ciencias sociales, justamente haciendo énfasis en la invisibilización en que se han mantenido tales aportes pese a su importancia en América Latina, a causa de la preeminencia aún existente del discurso androcéntrico en estas ciencias.

José Eduardo Rueda busca señalar, mediante un abordaje histórico, cómo las mujeres en Colombia entraron a las ciencias sociales y humanas y de qué manera esta entrada estuvo relacionada con la apertura de los espacios educativo y público, rompiendo así con la estrechez del ámbito doméstico.

El artículo de Mary Luz Sandoval y César Moreno se centra en la vida y obra de la conocida antropóloga colombiana Virginia Gutiérrez de Pineda, reflexión que busca desde un doble punto de vista, sociológico y antropológico, resaltar los aportes de esta investigadora a la conformación de las ciencias sociales en el país y a la construcción de la nación colombiana.

La estudiante Leyini Parra se centra en el recuento de la incursión de las mujeres al área de las ingenierías en Colombia, lo cual estuvo condicionado a la apertura del sistema educativo e inicialmente como posibilidad exclusiva de las mujeres de elite.

La sección de *Región* de este número está dedicada a los resultados de investigación provenientes de variadas temáticas en las cuales se encuentran trabajando los autores. En esta ocasión, Lina Buriticá ha incluido un artículo sobre el homicidio como máquina de guerra que termina por apropiarse del Estado y por eliminar la democracia; Hermanno Abbondanza presenta las relaciones conflictivas visibles y menos visibles que condicionaron la construcción de nación en el noroeste mexicano entre 1890 y 1909; la economista y especialista en matemáticas Graciela Chaparro plantea en su ensayo sobre la complejidad, la distancia que media entre la linealidad y la complejidad en la matemática, la significación de la predictibilidad de los sistemas complejos y la aplicación de esta teoría a la economía y a las ciencias sociales en general; la antropóloga Béatriz Nates incluye parte de los resultados de un proyecto dedicado a escudriñar los procesos de gentrificación y de rururbanidad del municipio de Manizales; el antropólogo Juan Manuel Castellanos junto con Sara Victoria Alvarado realizan una reflexión acerca de la tradición teórica sobre cultura política democrática en Colombia; la reflexión de Zulema Eliza Rodríguez se centra en la importancia de la estructura familiar en el campo educativo y en la profesionalización de maestros y maestras.

En la sección de *Reseñas*, el profesor Rodrigo Santofimio presenta la última obra de la investigadora colombiana María Teresa Uribe, *Palabras de la Guerra*, publicado en el 2006, consistente en un análisis del discurso a través de la perspectiva hermenéutica sobre los temas de la guerra en el siglo XIX. Por último, se incluye una interesante reseña histórica sobre las mujeres directoras de cine más destacadas en el mundo, en la que se señalan algunos datos poco conocidos de mujeres que incursionaron en este campo artístico en los años del surgimiento del nacionalsocialismo en Europa.

Esperamos que este número de Virajes abra por fin el espacio a la discusión sobre una temática poco examinada en el país.

Mary Luz Sandoval Robayo
Co-editora